

LUIS PASAMONTES

EL LIDERAZGO DEL GREGARIO

Todo lo que he aprendido del trabajo
en equipo durante mis 12 años como
ciclista profesional

¿POR QUÉ TANTO EN LA EMPRESA
COMO EN EL CICLISMO LOS GREGARIOS
SON TAN IMPORTANTES COMO
EL LÍDER?



alienta
EDITORIAL

PRÓLOGO DE ANTONIO LOBATO, PERIODISTA DEPORTIVO
EPÍLOGO DE CARLOS SASTRE, GANADOR DEL TOUR DE FRANCIA 2008

Luis Pasamontes

El liderazgo del gregario

Todo lo que he aprendido
del trabajo en equipo durante
mis 12 años como ciclista
profesional

© 2019, Luis Pasamontes Rodríguez

© Editorial Planeta, S.A., 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.
Alienta es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17568-24-5
Depósito legal: B. 1.371-2019
Primera edición: febrero de 2019
Preimpresión: gama sl
Impreso por Egedsa

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Prólogo	9
1. Vocación desconocida	13
2. Compromiso es oportunidad	43
3. Llegar sin caer	85
4. No te conformes con estar	121
5. Tu éxito también puede estar un escalón más abajo	149
6. Un Giro duro, pero cargado de aprendizajes	181
7. Una crono por equipos para todos	219
8. Ganar no siempre es trabajar en equipo	247
9. La visión global mejora los resultados.....	279
10. Reconocimiento emocional, imprescindible	301
11. Nuestra mejor versión frente a no competir contra los demás	323

12. Ganancias marginales	347
13. Liderar como gregario	367
14. Cambiar para avanzar	391
15. Rampa de salida	417
Epílogo	427
Agradecimientos	429

Capítulo 1

Vocación desconocida

Tengo que presentarme: no soy tan popular como para no hacerlo, ya me gustaría..., aunque tal vez no. Eso sí, prometo no extenderme demasiado.

Quiero que conozcas un poco más al que escribe y también a las personas que le rodeaban y rodean. El entorno que nos acompaña en el pasado es fundamental para entender nuestro presente. Para entender nuestro comportamiento actual, debemos ir hacia atrás; ahí nace todo. Pienso que de pequeños somos de plastilina, moldeables, y que las personas que más tiempo pasan con nosotros, que más poder de influencia tienen en nuestra infancia, son las que terminan de crear una figura que, después de secarse y endurecerse con los años, es difícil de volver a moldear. También quiero adelantaros algo, me parece honesto hacerlo: si pensáis que estáis a punto de comenzar a leer las apasionantes vivencias de un ciclista profesional con un talento innato, descomunal, con una carrera profesional plagada de victorias, medallas y podios, lamento deciros que no habéis elegido el

libro adecuado. Tampoco estáis ante mi biografía..., creo que son más valiosas las lecciones que he aprendido del deporte.

Es más, si encuentras en Google (nuestro mejor aliado para estas cosas) más de dos fotografías levantando los brazos, siempre y cuando no sea para llamar al coche de equipo o para celebrar la victoria de alguno de mis líderes, te rogaría que me la hicieras llegar; no la tengo, seguro. Aun así te invito a no cerrarlo y seguir leyendo, a acompañarme en una historia real con la que seguro te sentirás identificado en algún momento. No es un libro para ciclistas exclusivamente, es un libro para «gregarios» de la empresa y del deporte, para «gregarios» de la vida, para ti. Porque a medida que vayas leyendo, descubrirás que todos somos gregarios. Y si me permites el atrevimiento, me gustaría invitarte a que no leyeras este libro como uno más: coge lápiz y subraya; detente y traslada lo que comparto contigo a tu día a día, a tu vida. No importa a qué te dediques o el cargo que ocupes..., es un libro para todos.

He sido ciclista profesional durante años y ahora soy ciclista, a secas. Hablo desde mi punto de vista, pero ahora que estoy cerca de la empresa veo que todo está relacionado. Las experiencias que se viven en un deporte de élite son semejantes, en ocasiones, a las que se pueden vivir en un equipo empresarial de élite. El ciclismo es para mí el deporte en el que el trabajo en equipo está elevado a la máxima potencia, y por ello está cargado de situaciones que te dejan lecciones eternas.

Después de mi retirada me propuse fomentar el valor de los gregarios, de los hombres de equipo, de todas esas personas que componen un grupo deportivo o empresarial. Me parece justo que todo el mundo que se esfuerza en su día a día para conseguir éxitos grupales sea valorado

y, sobre todo, reconocido. No hablo exclusivamente de un sueldo acorde a las funciones desempeñadas, esto va más de emociones, de sentimientos. Este libro es una herramienta valiosa para llevar a cabo ese objetivo.

Os decía al comienzo, y lo iréis descubriendo, que en pocas ocasiones he pisado un podio durante mi carrera deportiva. Seguro que muchos de vosotros tampoco, pero estoy convencido de que habéis sido fundamentales para que otros lo pisen, para que en vuestra compañía los números salgan a final del año. Habéis trabajado y habéis puesto toda vuestra energía para que vuestro líder, vuestro equipo, alcance el éxito. Es magnífico poder leer o escuchar sobre grandes héroes del deporte, sobre jóvenes empresarios que ya con diecisiete años creaban, en los garajes de sus casas, exitosas aplicaciones. Pero también es necesario hablar de los otros, de todas esas personas que están detrás y que sin ellas nada ocurriría.

Imaginad un tándem y sobre él un líder y un gregario, un directivo y un empleado. El tándem está unido por una misma cadena, una misma transmisión. Las cuatro piernas no pueden pedalear una por cada lado, han de hacerlo a la vez, al mismo ritmo. De no ser así se paran. Incluso si rompen su coordinación, se desequilibran y corren riesgo de irse al suelo, de caerse. Así ha de funcionar un equipo. Vince Lombardi, considerado uno de los mejores entrenadores de fútbol americano de la historia, lo tenía claro:

«Los logros de una organización son los resultados del esfuerzo combinado de cada individuo».

Todo lo que nos ocurre tiene importancia, independientemente de nuestra popularidad dentro de la empresa o del equipo.

Voy a compartir contigo situaciones que he vivido en mi vida, durante mi carrera deportiva y que para mí fueron un verdadero aprendizaje. Entendí qué era un verdadero trabajo en equipo. Incluso te contaré lo que viví después de mi retirada, un momento realmente especial y que supone uno de los mayores cambios a los que me he enfrentado hasta el día de hoy. No vas a leer situaciones idílicas ni lo que te gusta oír, porque no sólo persigo que te guste. Quiero que sea útil y valioso. Mi deseo es que cuando cierres este libro, cuando lo hayas terminado, entiendas y potencies tu valor, ese que aportas cada día en tu puesto de trabajo o en situaciones de la vida cotidiana. Que reconozcas que tu valor no tiene que ver con el cargo que ocupes o con lo extenso que sea tu palmarés. Que entiendas que hay personas anónimas que marcan nuestro destino y que ellas también son auténticos líderes en nuestras vidas. Al final de cada capítulo comparto contigo los aprendizajes que adquiriré con lo vivido y espero que también puedan ser útiles para ti. Disfrútalo y vívelo, yo lo hice.

Vamos al comienzo, vamos atrás: soy asturiano, de Cangas del Narcea, el concejo de mayor superficie del Principado, alejados de la zona más céntrica (100 kilómetros nos separan de la capital), pero cargados de belleza; tierra de osos pardos, de buen vino, reserva natural y desniveles por todos lados. Por algo reza la canción popular:

«Al pie de cien montañas que se elevan alrededor en el medio se encuentra Cangas como un nido de ruiseñor».

Somos cuatro hermanos: Auri, Bego, Ángel y yo; dos mujeres y dos hombres. Yo soy el más pequeño, en edad, de todos. Por la profesión de mi padre, nacimos en zonas dispares de España. Mi madre hizo algo que le agradeceré-

mos eternamente: no privarnos de la figura paterna pese a las condiciones laborales plagadas de viajes continuos. Mi padre, soldador profesional, debía desplazarse en función de las obras que salían por toda España. Aun así no pasábamos ni un día sin verlo. Mi madre se había convertido en una experta en embalar y meter todo en cajas. Entendió que era necesario mudarnos cada vez que mi padre tuviera una obra fuera de casa, de la casa de ese momento, porque no teníamos residencia fija. Quería que todos estuviéramos unidos, que no creyéramos sin él. Esto suponía un sacrificio constante por parte de todos, pero no costaba demasiado llevarlo a cabo dado que todas las acciones estaban plagadas de cariño.

Ahora pienso en la situación y me doy cuenta de todo lo que debemos y debo a esta mujer, a la «señora Luisa», como la llaman muchos de mis mejores amigos. Unas páginas más adelante entenderéis lo que os quiero decir, puesto que puede sonar a tópico deberle mucho o tanto a una madre o padre. Yo nací en Oviedo y me crié estudiando y jugando por las calles de Cangas. Cada día, con el bocado en la boca, me iba a jugar al fútbol al patio del colegio, antes de que sonara el timbre que nos indicaba que debíamos entrar.

Me apasionaba jugar en aquel rincón de la cocina mientras escuchaba el ruido de las potas y cazuelas que mi madre manejaba para hacernos esas comidas que alimentaban sólo con el olor que desprendían. Yo era capaz de reproducir, con aquellos muñecos de Playmobil, cualquier historia que viera en la gran pantalla, daba igual el género de la película o del programa en cuestión. Policías, orquestas, bomberos, indios, vaqueros, deportistas..., todo estaba a mi alcance. No faltaban motos entre mis juguetes, era lo que más tenía en aquel mueble hecho y pintado a mano por mi padre, un auténtico manitas. Me

apasionaban los cascos, los trajes de cuero, el ruido de los tubos de escape al acelerar; me gustaban especialmente las de gran cilindrada, esas que llamaba deportivas. No había circuito para verlas competir, tampoco se organizaban concentraciones moteras; vamos..., que no existían muchas en el pueblo y, por tanto, los acontecimientos que más motos traían a Cangas eran las competiciones de ciclistas. Daba igual la categoría, pero seguro que les acompañaban motos de la policía, de fotógrafos, de televisión, de seguridad... Motos, motos y más motos, eso era lo que yo quería ver. En una carrera no había que buscarme cerca del podio o cerca de los coches de equipo, estaba en el parking de motos inspeccionando tubos de escape, sus marcadores de velocidad o los colores y marcas de los atuendos de los motoristas. Cangas es final de etapa de la Vuelta a Asturias desde hace años, y los profesionales siempre venían mejor escoltados que las carreras de categorías inferiores. No era un aspecto que tuviera que ver exclusivamente con la seguridad, también se debía a que movían muchos más medios de comunicación y eso implicaba más motos.

Llevaba días viendo carteles plagados de pequeños patrocinadores por la calle Mayor, la principal de mi pueblo. El fin de semana había final de etapa en la larga recta de la calle Uría: era una llegada habitual siempre que había alguna competición ciclista. No era una carrera de profesionales, de los que salen en la televisión, era de ciclistas *amateurs*, una categoría que es la antesala del profesionalismo y en la que todos luchan por alcanzar buenos resultados para tener posibilidad de una oportunidad en la élite. Durante días estuve diciéndoles a mis padres que el domingo había una carrera y que bajaría a ver qué motos venían acompañándola. Mis padres no me quitaban la idea de seguir ahorrando para una con las propinas que me daban

mis abuelos por ir a buscarles agua a la fuente o vino a las bodegas. También sacaba algo haciendo dibujos y vendiéndolos en casa al magnífico precio de 25 pesetas. Mi madre repartía una moneda a mis tres hermanos y a mi padre, que no le gustaba andar con dinero suelto en el bolsillo. Yo hacía de artista y recaudador, no me podía permitir contratar a mi hermano o a algún amigo. Pero aun así, poco dinero entraba para la caja fuerte roja que tenía. Casi todo lo que sacaba de un lado u otro lo gastaba en las revistas moteras de la época.

—¡Vaya día que amaneció, Luis! —comentaba mi madre mientras levantaba la persiana de mi habitación.

—No pasa nada, mamá; no se suspende, los ciclistas corren hasta con nieve. Además, mejor porque así veo los trajes de agua de los motoristas.

Mi madre me recomendó que no bajara pronto a la meta, que iba a pasar mucho frío hasta que llegaran los primeros ciclistas. Pero ella no entendía que yo no quería ver la llegada de los ciclistas del pelotón principal. Mi interés era otro muy diferente, y éste no tenía que ver con observar cómo un tipo levantaba los brazos bajo una pancarta. Desde casa oíamos al *speaker* hablar, narraba con voz radiofónica cómo transcurría la carrera, y a mí eso me impacientaba más aún. Cada vez que la música de fondo bajaba de volumen, ordenaba guardar silencio a toda la casa para escucharle atentamente. No aguantaba más, me subía por las paredes, no podía estar sin campo visual, no era suficiente con escuchar. Pensaba que irían llegando motos y que me perdería la entrada de alguna de ellas en la meta. No me aguantaba nadie, ni yo a mí mismo, y decidieron «soltarme». Mi madre me puso el pijama por debajo de los pantalones de pana, muy típico en ella, y un jersey de lana que sus propias manos tejieron, con aquellas gordas agujas con las que mi hermano y yo jugábamos a

los espadachines. Aquel jersey picaba sólo con mirarlo de lejos, pero lo había hecho ella. Era algo soportable, tal vez porque cada vez que me rascaba, mi cabeza pensaba en que lo hizo con la mejor lana que pudiera protegerme del frío, no para buscar mi incomodidad. Me atusó el pelo con colonia, para peinarme con raya al medio, y me enroscó al cuello una bufanda. Costaba respirar, la verdad; los pelos de la lana se me metían en la boca, literalmente, pero cuánto cariño había en esa lana, igual o más que en la del jersey. Añadió un paraguas de los grandes, de los de punta de metal (qué poco me gustaban). Quedaba mucho mejor ir sin paraguas cuando llovía, era más «guay», pero no se me ocurrió decirle nada.

—No corras, no vayas a resbalar y tengas que venir para casa antes de tiempo.

Dos besos y a correr por la calle abajo hasta llegar a la puerta del cine, en donde estaba ubicada la línea de la meta.

Allí también estaba colocado el puesto de madera con lona amarilla, desde donde el *speaker* narraba y se refugiaba de la fuerte lluvia. Mientras tanto, y para no quedarme frío, comienzo a pasear bajo mi paraguas-sombrilla en el que se podían cobijar tres como yo. De fondo sigo escuchando cómo se está desarrollando la carrera. El *speaker* narraba emocionado:

—Atención porque nos informan desde la radio de la vuelta que el escapado se ha caído en el descenso del alto de la Espina, pero aun así mantiene una ligera ventaja sobre el grueso del pelotón.

Aquel comentario me llamó la atención sobre todos los demás que había escuchado hasta el momento. Pensaba que aun cayéndose se había vuelto a subir a la bici y comencé a imaginarlo. A mí cuando me ocurría eso, me ponía a llorar un rato y enseguida a buscar a mis pa-

dres, para que me tranquilizaran. No creo que su madre fuera siguiéndole en el coche del equipo y se bajara para decirle:

—¿Qué tal hijo, te has hecho mucho daño? ¿Quieres que te eche un poco de agua oxigenada?

No, no me cuadraba mucho esa situación en mi cabeza. No sabía cómo era su rostro ni su físico, pero la mente, que creaba historias con Playmobil, comenzó a crear otra con aquel ciclista imaginario. Debía venir lleno de barro, con gafas de cristal transparente al igual que su chubasquero, para que la publicidad fuera visible, gorra por debajo del casco o chichonera (seguro que sus piernas brillaban por el agua) y un botín de neopreno negro por encima del tobillo estilizado, para protegerle del frío y de la lluvia.

«Sigue apretando los dientes, no van a poder con él, qué exhibición está dando.»

Los kilómetros pasaban muy rápido y enseguida comenzaron a entrar las primeras motos que ofrecen seguridad al ciclista y al público. No hay nada que me cree más emoción que escuchar el ruido de las sirenas y los cláxones desde lejos; me pone el pulso a mil y hace que mi estómago se contraiga. La verdad es que no había mucha gente en la calle, podías elegir el sitio que desearas detrás de aquellas vallas amarillas de metal, medio oxidadas; ni caso a las motos. De puntillas intentaba divisar a aquel superhéroe; no podía ser un ciclista normal y corriente, tal vez venía con capa en vez de maillot, con antifaz en vez de gafas. A lo lejos lo veo entre la llovizna y la niebla, venía mirando atrás y saludando. Dejé el paraguas abierto en el suelo, boca arriba, y comencé a aplaudir con ganas. Recuerdo que me quité los guantes de lana, porque apenas se oían mis aplausos, y comencé a aplaudir con más fuerza. Cruzó

la meta y salí corriendo detrás de él. Llegó al coche del equipo y comenzó a ser abrazado por el director y el mecánico. Estaba ensangrentado, y tenía el codo y una rodilla tocados. La sangre se entremezclaba con el barro negro. La cinta del manillar de su bici estaba suelta; la caída había sido la causante. Le perseguí hasta la ambulancia y observé con detenimiento cómo era atendido por los voluntarios de la Cruz Roja. Limpiaban sus heridas con fuerza, como lo hacía mi madre cuando me caía antes de embadurnarme con la aparatosa mercromina roja. Miré su rostro para ver si su expresión era la misma que la que yo tenía cuando mi madre restregaba mis rodillas o codos con agua y jabón, pero no se inmutaba: ya sabía yo que no era un tipo normal, pensé. Su sonrisa no le abandonaba: había ganado, y de qué manera. Mientras tanto comenzaron a pasar ciclistas, el pelotón había cruzado la meta. Algunos de sus compañeros fueron a la ambulancia a abrazarlo. Yo seguía allí, inmóvil, viendo todo y grabando en mi cabeza lo que acontecía. Tal vez pensando en reproducir la escena con mis muñecos, más tarde, en casa. Cuando terminó, fui detrás de él hasta el podio; allí le esperaba un masajista para darle ropa seca y una gorra. Aguanté todos los premios, y estaba viviendo tan cerca la escena que escuchaba el chasquido de la madera cada vez que subían aquellas escaleras mojadas las fibrosas piernas de los ciclistas. La comitiva se dirigió a la zona de parking y yo detrás, guardando unos metros de distancia. Cargados de flores, trofeos, placas..., el director deportivo, el masajista y hasta el propio ciclista hacían malabares para que no se les cayeran mientras caminaban bajo la lluvia. Sus compañeros, sentados en los amplios asientos, ya devoraban un gigantesco bocadillo. Hubo un momento en que todo se detuvo, todo se paró, no pasaban ni coches. Todos dirigieron la mirada a aquel pesado que llevaba horas bajo su paraguas gigante, como si

de una sombra se tratara. Me escondí tras la bufanda y bajé un poco el paraguas, justo a la altura de mis ojos para no verlos. Lo levanté poco a poco y vi que venía hacia mí, estiró su mano y me tocó la cabeza. Normal, si ya éramos amigos, después de tanto tiempo juntos.

—Con este paraguas no te mojas, ¿eh? —me comentó el ganador de la prueba.

Sonreí, pero creo que no vio que lo hacía por la bufanda; algunos hilos de lana se colaron dentro de mi boca de nuevo. Se cerraron las puertas de los furgones, se ajustaron los últimos cierres de la baca, en donde iban las bicis y ruedas, y se perdieron en la misma recta en la que le vi levantar los brazos. Me quedé unos segundos allí solo y quieto, como cuando despides a alguien querido en una estación de tren. Me doy cuenta, a medida que escribo, de que recuerdo cada detalle como si fuera ayer; estoy asombrado, me asusta. Unos metros caminando y otros corriendo por la cuesta que lleva hasta mi casa, mi cabeza era un hervidero de ideas. Mientras corría, entre charco y charco, emulaba el ataque de un ciclista en carrera y yo mismo también hacía de comentarista. Llegué a casa y lo primero que pregunta una madre después de venir de un acontecimiento deportivo no es quién ha ganado o si fue emocionante lo vivido.

—Hijo, ¿tienes hambre?; ¿pasaste mucho frío?

Nada más importa que eso, así que tuve que ponerla al día de todo lo ocurrido.

—Mama, ganó un ciclista que se cayó bajando el puerto. Venía lleno de sangre, embarrado, y ganó. No sé cómo lo hizo, pero no fueron capaces de cogerlo.

Mi padre me preguntó:

—¿Y viste muchas motos?

Las motos..., no me acordaba de ellas, yo había salido de casa para verlas y no podía ni decir las que había, ni

cómo eran los cascos, ni los trajes de agua que seguro llevaban sus dueños. Aquel tipo había sido capaz de borrar de mi cabeza una idea que llevaba años conmigo. Hizo que mi atención plena se dirigiera al ciclista, algo que es lo lógico, pero para mí impensable. Tampoco sabría decir cómo eran las bicis, ni siquiera la del ganador, la de mi superhéroe; lo único en lo que me fijé es que llevaba la cinta del manillar rota; únicamente me había fijado en el hombre, en la persona, en el que pedalea sobre la máquina.

—No he visto motos, papá. Estuve todo el rato con el ciclista que ganó.

Todos somos referentes, en algún momento de nuestra vida, para alguien. Podemos pensar que nuestro día a día es aburrido, que no tiene ningún significado, y aun así siempre habrá un niño con un gigantesco paraguas observando lo que haces e intentando emularte. Él cambió mi vida, él es el culpable de que yo hoy esté escribiendo este libro, él es el culpable de tanto..., y no sé quién es. Ahora con las redes e internet sería muy sencillo descifrar su nombre, pero justo coincide en esa franja de tiempo en la que se produce el cambio, y eso me dificulta la búsqueda. Estará trabajando de camarero, en un hospital como médico, en un taller de coches o tal vez impartiendo clases en un colegio, y sin saber que aquella victoria fue la más importante de mi carrera, no sé si de la suya también. Tal vez estás ahora mismo leyendo este libro y llevas un rato recordando la historia que protagonizaste, voy a pensar que sí. Desde aquel día todo cambió, tú lo cambiaste. Cuando fui a comprar mi revista mensual, en el kiosco me preguntaron dos veces si estaba seguro.

—Sí, sí, la de ciclismo, me has entendido bien.

Mi caja fuerte roja seguía siendo la misma, pero ya no guardaba dinero para una gran moto de potente cilindra-

da, ahora perseguía una bici de ciclista, de las de carreras. Al menos y supuestamente ésta podría llegar antes que la moto, por el precio (supuestamente digo), porque no sería tan fácil como creía. En aquel momento le robaba, de vez en cuando, a mi hermano Ángel su bici. Una *bicicross* de las del sillín torcido en forma de L al revés, con ruedas de tacos y de color azul. Hasta entonces servía, pero ya no quería esa bici, quería la mía propia y además de carrera. Mis padres me comentaron que no había problema siempre y cuando consiguiera el dinero para ella. Me puse manos a la obra e intentaba sacar veinticinco o cien pesetas de cualquier lugar.

Además de los dibujos que hacía, también me gustaba la música; disfrutaba mucho sacando de oído algunas canciones que escuchaba en las verbenas de las fiestas. Mis primos me habían regalado un teclado de color blanco, que ellos ya no usaban, y ahí me pasaba horas. Solía poner unos carteles por casa, anunciando concierto después de comer. Cobraba entrada, claro está; era mi fuente de ingresos. Mis hermanos y mis padres tenían que pagar una simbólica cantidad en función del repertorio que les ofrecía. De vez en cuando me regateaban, y me veía obligado a lanzar una oferta para no encontrarme con el auditorio, mi habitación, vacío. En ocasiones, mis hermanos no querían ir, preferían dormir la siesta o ver la tele, pero mis padres les obligaban a contribuir.

En casa se me educó a no pedir, a conseguir objetivos con esfuerzo. No era lo mismo hacer dibujos para venderlos en casa, tocar el teclado para que de sus bolsillos salieran unas monedas, que hacerlo sin mover un dedo. No se me ocurría pedir dinero a mis abuelos: estaba prohibido. En aquel momento, mi abuela Aurelia vivía con nosotros, y mis abuelos Plácida y Pepe, en una casa cercana. Jamás les pedí dinero, debían ser ellos los que me lo dieran vo-

luntariamente. Así fue siempre, y cada mes o cada domingo iban dándome sus propinas para mi bici: todo a la caja roja y todo con un único objetivo, mi bici de carreras. Quería una ya.

Muchas veces mi hermano necesitaba la suya y yo me quedaba sin pedalear, por lo que me pillaba un buen berrinche. Un día mi padre me dijo que tenía una sorpresa y que pronto la descubriría. Estaba cada día dándole la lata y preguntando cuándo me iba a contar, necesitaba más pistas. Un día, después de llegar del taller en el que trabajaba como soldador, me dijo que me vistiera, que íbamos a ver una bici. No me lo creía; creo que a día de hoy no existe un niño que se vista más rápido que como lo hice yo aquel día. Antes de que terminara el plato de potaje, yo ya estaba sentado enfrente de él, al otro lado de la mesa.

—¿Ya estás? No corres tanto para hacer los deberes.

Le di la mano y nos fuimos a buscar la bici. Yo pensaba que iríamos a una de las dos tiendas de bicis del pueblo, pero el camino elegido por papá no llevaba a ninguna de las dos.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a ver a un compañero del taller que nos vende una bici de segunda mano.

—¿Pero es de carreras?

—Vamos a verla, me ha dicho que es roja y que se pliega. Nos vendrá bien para las vacaciones llevarla en el maletero del coche.

Aquello ya me parecía raro, no conocía ninguna bici de carreras que se plegara. En ninguna de las revistas que tenía de bicis había visto alguna.

Llegamos al garaje del compañero de papá y yo tenía casi los ojos cerrados antes de que abriera el portón. No sabía lo que me encontraría, temía pero a la vez deseaba. En mi mente sólo había y existía un manillar doblado,

con curva: un manillar de ciclista. El ruido que produjo la bisagra sin engrasar me hizo saber que había llegado el momento de ver qué bici era. Puf, una bici de paseo, con transportín atrás y con dinamo; una bici casi como la de Mary Poppins, sólo faltaba la cesta. Abajo, a la altura del eje del pedalier, tenía un cierre que te permitía plegarla, de hecho fue la primera demostración que nos hizo el inexperto vendedor. A mi padre le gustaba, le encantaba, diría yo. Pensaba en llevarla a la playa, únicamente pensaba en que entraría en el maletero de su R12 blanco. Siempre que íbamos a la playa de vacaciones, entre la tienda de campaña, las colchonetas para dormir, la maleta y que éramos seis, no había hueco para nada. Menos mal que siempre íbamos con alguien, algún familiar o amigo, y uno de nosotros nos metíamos en su coche.

—Papá, pero esta bici no es de carreras.

—Hijo, ésa ya la comprarás tú más adelante. Ahora ésta te viene bien para que no estés peleándote con tu hermano cada día y también para que yo pedalee. Además, imagínate que un día nos quedamos sin gasolina o se estropea el coche de viaje, sacamos la bici y lo solucionamos.

Qué probabilidad había de que aquello ocurriera. No podía ser el motivo para comprar aquella bici. Acuerdo cerrado y bici a casa.

Yo le expliqué a mi madre que ésa no era la que quería y me dijo lo mismo que mi padre.

—Más adelante ya verás que compramos la otra, ahora con ésta para empezar tienes de sobra.

Pues nada, tocaba poner las manos en la parte baja del manillar en forma de U y agachar la espalda como si fuera en una bici de crono (bicicleta aerodinámica, tipo triatlón). Pasaba por los escaparates de las tiendas de mi pue-

blo y no me fijaba en el manillar ni en la bici que llevaba, sólo en que mi espalda iba tumbada como la de los ciclistas. Desde mi casa se veía la subida que lleva a los talleres donde trabajaba mi padre. No me dejaban salir de los carteles que indicaban el final de la zona urbana y ésta era la única subida que tenía dentro de esos límites, y además mi padre podía verme desde casa. Se sentaba en el banco de la terraza, que también él había fabricado, y me cronometraba. Cuando llegaba a la zona desde donde yo veía la casa, me exprimía más y apretaba con fuerza los pedales. Pensaba que si mi padre veía que tenía cualidades para ser ciclista, llegaría antes la tan deseada bici. Llegaba a casa sudando y corriendo al balcón.

—Papá, ¿qué tal me has visto?

—Hoy mucho mejor que el otro día: has bajado el tiempo.

Ya era feliz, no se me quitaba la sonrisa en todo el día ni aunque mi madre tuviera lentejas o garbanzos para comer.

Había ido algún fin de semana con mis padres y hermanos a Oviedo, a pasar el día. Comíamos por allí. A veces mi madre llevaba la comida y nos sentábamos en el parque San Francisco a disfrutarla. Mis padres han tenido la gran habilidad de hacernos ver que todo lo que ocurría no era porque no se podía gastar a lo loco, sino porque era lo mejor para nosotros. Cada vez que salíamos a comer o a algún sitio, éramos seis. La frase de mi madre, que aún hoy sigo escuchando, era y es:

«Con lo bien que comemos aquí, vas a un restaurante y la comida no sabe igual de bien que esta que yo hago yo. Después vamos a tomar un café y un colacao a un bar muy guapo que hay aquí cerca».

Estábamos encantados escuchando eso y la economía familiar también. Nuestras vacaciones eran en una tienda de campaña en la playa de Otur, cercana a donde vivíamos, o también con un toldo en la estación de esquí de Leitariegos. Después, los días que restaban de vacaciones subíamos a merendar a Vegalapiedra, un campo que hay cerca de casa. Jugábamos al fútbol mientras esquivábamos los rebaños de ganado que guiaban los pastores de la zona. ¡Qué veranos!, los mejores de mi vida. No pisábamos un hotel, pero daba igual; lo hacían tan bien y con tanto cariño que eso se nos olvidaba. Los lujos son relativos, lo importante es con quién y cómo compartes ese tiempo vacacional, por encima de en qué lugar. Además de la bici, en mi cabeza seguía rondando la música y la recuperación de la antigua banda del pueblo, me animó a probar. Me fascinaba el saxofón: era el instrumento que siempre había soñado tocar. Mi madre me animó a ir al salón de actos del Ayuntamiento a inscribirme y presentar mi candidatura por el instrumento musical cónico. Había varias personas haciendo cola, pero la cosa iba rápida. Llegó mi turno y viví una sensación parecida a la que viví con la bici plegable.

—Lo siento, pero ahora mismo como instrumento de viento únicamente tenemos la trompa —comentó el director de la banda.

—¿Y eso qué es?

A casa con la trompa, parecía que últimamente no conseguía lo que me proponía, pero eso no hacía que me quedara quieto, no me paralizaba. Pensaba que si podía ir pedaleando y soplando, aunque no lo hiciera con la bici e instrumento que deseaba, seguro que algo sumaría, ya no tendría que empezar de cero cuando tuviera mi bici de competición o mi ansiado saxo.

Imagina un punto adonde quieres llegar y traza un plan para llegar allí. Pero sé honesto contigo, y establece tu punto de partida.

JORDAN BELFORT,
conocido como El lobo de Wall Street

Yo tenía mi punto de partida: la bici plegable y la trompa. Tenía el punto al que quería llegar: bici de ciclismo y saxo. Comencé a compaginar mis salidas en la bici plegable de paseo con los conciertos de trompa (quién me lo iba a decir). Recuerdo que un día mis padres me pidieron que tocara el *Barberillo de Lavapiés*: habían visto el título en una de mis partituras. Comencé mi actuación y la verdad es que las notas que salían de aquel reluciente instrumento no hacían intuir la pieza musical esperada. Al ver que mi boca se despegaba de la boquilla, mis padres pusieron una sonrisa forzada e intuyeron que había terminado. Aplaudieron, pero no sabían por qué lo hacían. Yo hacía, sobre todo, función de acompañamiento y no de solista, más o menos la función que hacía mi bici de paseo, la de acompañarme hasta conseguir la que buscaba. Mientras tanto seguía haciendo que la caja fuerte roja pesara un poco más. Cada dos por tres la abría y me ponía a contar el dinero que tenía, casi todo monedas de cien pesetas o quinientas que me daban mis abuelos. La calderilla era de los dibujos y conciertos que comercializaba en casa, ahora también con trompa.

—Ya tengo casi 20.000 pesetas.

—¿Cuánto te falta? —me preguntó mi madre.

—Apenas 1.000 pesetas para llegar a esa cifra.

—Toma, ya las tienes.

Mis padres sabían el esfuerzo que estaba poniendo y me dieron el último empujón. Sabía que por ese dinero podía tener algo, no una gran bici, pero al menos una con el manillar de carreras.

—Papá, ¿podemos ir el fin de semana que viene a Oviedo a ver si puedo comprar una bici con este dinero?

—Vale, vamos a organizarnos y pasamos el día por allí.

Nunca se me había pasado una semana tan lenta, deseando sentir que se acercaba el sábado. Antes de dormir cada día, recuerdo que pensaba que tal vez no me alcanzaría ese dinero para traer una bici a casa. Mi padre me transmitió optimismo antes de emprender el viaje y le dijo a mis hermanos que tenían que quedarse con mi tía, por si traíamos la bici, para que cupiera en el maletero del coche. De ser así, tendríamos que echar los asientos adelante y no podrían sentarse. Ahora, escribiendo, creo que mis padres tenían claro que la bici vendría sí o sí, que les había demostrado las ganas que tenía de conseguirla, además de un compromiso máximo por ahorrar dinero. Llegamos al centro comercial y nada más entrar me quedé paralizado.

—Vamos, corre y mira si tienes dinero suficiente para una bici de ciclista.

Salí corriendo, iba derrapando por los limpios y encerados suelos. Sabía adónde iba, había visitado la sección de bicis muchas veces, pero nunca demasiadas. Encaré el comienzo del pasillo, y al fondo, como si ese día supieran lo que sucedería, había una bici naranja butano de ciclista. No olvidaré jamás la agudeza visual que desarrollé por unos segundos. Era prácticamente imposible divisar números y letras, pero yo pude leer lo que ponía el cartel:

CONSÍGUELA POR TAN SÓLO 19.995 PESETAS.

Lo vi: el cartel era amarillo fosforito y la letra negra. Empecé a correr hacia la bici para asegurarme de que lo que había leído no era producto de una alucinación por el máximo deseo de conseguir algo. Sí, sí..., era real y tenía

dinero suficiente. No llegué hasta ella, a mitad de pasillo otro derrape, y corriendo a buscar a mis padres, que venían caminando de manera tranquila y relajada.

—Tengo, tengo; me sobra un duro y todo —comencé a gritar desde lejos.

—¿Qué pasa, ya la viste?

—Sí, sí; es color naranja.

—¿Y qué haces aquí? Corre, no te la vaya a quitar otra persona.

De nuevo a derrapar por los pasillos y ahora sí que llegué a tocarla. La agarré del manillar, me acoplé y casi sentía el viento. Por fin una bici de ciclista con rueda fina, manillar doblado, rastrales..., por fin.

—Entonces, ¿no quieres mirar otra, estás seguro?

—Sí, sí. Me gusta el color y el manillar es como el que yo quiero.

—Espera, espera; vamos a llamar a un empleado para que la saque del soporte, no lo hagas tú, que la vas a arañar.

Qué ganas tenía de meterla en el coche, qué ganas tenía de ver a mis padres sonreír como lo estaban haciendo. No entraba por los amplios pasillos de lo ancho que iba con mi bici en la mano. Además, orgulloso de haberla conseguido por mí mismo, al menos por crear la estrategia para ello. Hacer dibujos y venderlos a mis padres o cobrar una entrada a mis hermanos por oírme tocar la trompa y el teclado habían sido mis trabajos temporales para conseguir la bici. La ayuda inestimable de mis abuelos, que por hacerles unos recados me compensaban sabiendo para dónde iba esa propina.

—Venga, móntate y vete hasta la caja pedaleando —me invitó mi padre.

Miré al dependiente para ver si me concedía permiso y asintió con la cabeza.

Casi no llegaba a los pedales, pero me senté en la barra

y me agarré, me agarré con fuerza a esa curva del manillar. En mi cabeza comenzaron a sonar narraciones y finales de emocionantes etapas. También alguna imagen, de las revistas que compraba, apareció de repente. El bullicio trepando de la gente comprando y de los avisos por megafonía se detuvo. Mis ideas comenzaron a fluir...

«Ataca el asturiano, parece que está consiguiendo distanciar al gran grupo.

Qué fuerza está demostrando en estos últimos compases de la etapa.»

Llegué a la caja y me bajé para esperar a mis padres. Venían a paso acelerado, ahora sí. Mi madre me miró sonriendo, mientras abría la cremallera de su bolso. Sacó un arrugado sobre marrón, de los que traía mi padre con la nómina mensual, y me lo entregó. Mi padre sujetó la bici: éramos un equipo coordinado.

—Venga, paga tú; es tu dinero y lo has ahorrado con mucho esfuerzo.

El cajero se incorporó de la silla y arrancó de cuajo la etiqueta con el código de barras. El pitido de la caja me hizo mirar a la pantalla y volver a recrearme con esos maravillosos números

—Pues son 19.995 pesetas.

—Aquí tiene, señor; sobra un duro.

Los tres comenzaron a reírse, y yo, serio: no se imaginaban lo que suponía aquel momento para mí (bueno, mis padres sí). Antes de meterla en el coche me di una vuelta por todo el parking del centro comercial. Allí pude comprobar el tacto del freno, poner mi mano sobre la palanca del cambio alojada en el cuadro e incluso meter los rastrales en mis zapatos. Mi padre tuvo que hacer de bandera de cuadros y me indicó el final de carrera.